

FRANCISCO GÁRATE

GRANDE EN LO PEQUEÑO

El año 2006 nos trajo la oportunidad de celebrar aniversarios de relumbrón: 500 años del nacimiento de Francisco de Javier y Pedro Fabro: 450 años de la muerte de Ignacio de Loyola. Los celebramos con solemnidad, casi con pompa, y era oportuno, porque fueron en su tiempo valiosos colaboradores de la renovación de la Iglesia, y porque hoy en día la siguen iluminando y le siguen mostrando el camino de la renovación, de la conversión, del seguimiento de Jesús. Ahora, un año más tarde, aparece en escena otro jesuita, discreto, silencioso, desapercibido: no famoso, no brillante, no apóstol de multitudes, que no hizo en toda su vida más que una cosa: cumplir con su trabajo de manera excelente, gracias a una formidable unión con Dios. Nada más, y nada menos.

Pero no es muy diferente de Javier o de Loyola. No podemos menos de recordar una preciosa escena de la vida de Javier. En Goa, año 1552, poco antes de partir para su último viaje a China, Javier daba pláticas a los fervorosos y entusiastas novicios. Ardían en deseos de hacer cosas grandes por Jesucristo, predicar en tierras lejanas, arrostrar peligros incontables ... Javier insistía en que, ante todo, “hay que ser grande en lo pequeño”, es decir, que la prueba de fuego de una espiritualidad no consiste en soñar cosas grandes, sino en la calidad de lo cotidiano. Y aquí sí que Francisco Gárate fue - es - un maestro insuperable. Siempre de prisa y nunca apresurado.

Toda su grandeza radica en la perfección de lo pequeño, de lo habitual, de lo corriente. Su magia, hacer que lo habitual no sea simplemente un hábito, que lo corriente sea extraordinario por su calidad. Su vida fue la de un humilde hermano coadjutor. Los hermanos, dedicados a los oficios llamados “humildes”, bajos, materiales, tenidos casi como mera ayuda para que fuera posible el trabajo de los Padres. En resumen, barrer, cocinar, lavar, fregar, cuidar a los enfermos, atender a la portería ... Todos estos oficios “humildes” fueron el campo de trabajo de Gárate en los 55 años que vivió en la Compañía.

Desde 1874 a 1877, como novicio en Poyanne (Bélgica). Desde 1877 a 1888, sirviendo para todo en el colegio de Laguardia. Desde 1888 hasta su muerte en 1929, en la Universidad de Deusto. Fue preferentemente portero de la universidad, pero colaboraba en la enfermería, en la sacristía, en el comedor ... un poco en todo. Sin embargo, no tiene demasiada importancia qué cosas hizo, sino cómo lo hizo. Con perfección plena, no precisamente por una autoexigencia perfeccionista, sino por un exquisito sentido del servicio completo, perfecto, amable, atento, discreto y cariñoso a las personas a las que servía. Todas las personas que acuden al a portería de la Universidad son recibidas atentamente, con delicadeza y eficacia. Los huéspedes que llegan tarde, a altas horas de la noche, encuentran a Gárate esperando, con la cena preparada, con la habitación dispuesta. Los alumnos que necesitan pequeños favores, los mendigos que saben que siempre habrá para ellos un bocado (sustraído medio a escondidas de los restos de la cena), las llamadas por teléfono (durante años sólo hubo un único teléfono en Deusto) que le obligan a correr por toda la casa en busca del padre jesuita reclamado ... todas las cosas normales, corrientes, habituales, hechas, siempre, invariablemente, con exactitud perfecta, con amabilidad extrema, y, sobre todo, de corazón. Nada en Gárate es costumbre, hábito, obligación: es servicio desde el corazón.

Su imagen externa preferente es la de portero. Extremadamente atento y servicial, hasta el punto de ganarse el apodo de “el hermano finuras”. Diríamos que le caracterizaban la disponibi-



lidad y la eficacia. Los ejemplos son infinitos, porque cada una de sus mil y una actuaciones diarias mantienen ese tono de sencilla perfección, de amabilidad, de eficacia sonriente, inalterable, como si nada de lo que ocurriera, de lo que viniera del exterior, pudiera alterar la tónica interior, de servicio incondicional movido, - y aquí está su secreto - por la continua y saboreada presencia de Dios.

De dentro a fuera, aquí radica toda la personalidad espiritual de Francisco Gárate. Hay en ella algo mucho más que natural, pero que se manifiesta con tanta sencillez, que parece simplemente natural, como si fuera simple consecuencia de su carácter, de su manera de ser. Gárate es el ejemplo perfecto de alguien cuya vida interior es tan poderosa que se manifiesta en cada detalle de lo exterior como espontáneamente, aparentemente sin esfuerzo. Francisco Gárate vive en Dios día y noche, con una fe sin fisuras, con la persuasión radical de estar sirviendo al Señor en cada uno de los pequeños servicios de su oficio. Vive en Dios y se siente en sus manos: su frase favorita es “a buen amo servimos”, y experimenta la presencia del Buen Amo de manera que, ante cualquier problema, revuelta estudiantil, amenaza de agresiones de extremistas ... Gárate siempre conserva una imperturbable serenidad: “No pasará nada que Dios no permita ...”

Para descubrir su personalidad más profunda hay que observarle en la intimidad. aunque resulte muy difícil asomarse a su mundo privado. Vive absolutamente desprendido de todo lo que no sea indispensable: no posee prácticamente nada, la ropa que viste, siempre sumamente pulcra, le dura tantos años que parece siempre la misma; su habitación es un rincón debajo de la escalera, con una cama, que no usa, y una silla - en la que duerme, vestido, unas pocas horas, y sobre la que pone una palangana para el aseo personal. Todo esto, sin embargo, no es una renuncia, un esfuerzo ascético: es la manifestación de que no necesita realmente nada, porque su encuentro permanente con Dios y su servicio cotidiano le dan todo y más de lo que necesita. Gárate vive del Tesoro, el encuentro habitual con Dios y el gozo de servirle en sus hijos, y ha dejado todo lo demás casi sin darse cuenta, porque el Tesoro le da todo lo que un ser humano puede necesitar.

Pero también esto es solamente una manifestación exterior. Hay algo más profundo, que adivinamos al seguirle en su oración. En su cuchitril a menudo, pero sobre todo en la capilla, no pocas veces tendido en el suelo con los brazos extendidos cuando cree que nadie le ve; por los interminables tránsitos de la universidad, con el rosario en la mano, en los momentos menos ocupados de la portería... Siempre deprisa y nunca apresurado: toda su vida ha sido ágil, rápido, movido ... y nunca agobiado ni atropellado ni precipitado. Y todo esto nace de su equilibrio interior, de la presencia sentida, gozosa y exigente del Buen Amo, que le motiva a la perfección del servicio y al mismo tiempo le garantiza la paz y el gozo, la serenidad interior.

Gárate es más que un hombre devoto y cumplidor: es sobre todo la síntesis entre la naturaleza y la gracia: es la naturaleza llevada por la gracia a la plenitud. Su naturaleza debe mucho a su herencia: hijo de labradores no acomodados pero tampoco pobres, nacido en Errekarte, un caserío guipuzcoano al abrigo del santuario de Loyola, hereda de sus padres, Patxi y Mari Batista, tanto la fe profunda, sencilla y básica, como los hábitos del honrado labrador, trabajador, honrado, hogareño, fiel. “Praixku” - su nombre en familia - parece heredar de sus padres la quinta esencia de la honrada religiosidad, de la fe “espontánea”, que anima todos los demás valores - tan profundos - de la vida del labrador. La sombra de Loyola siembra además en él el sentido del servicio, de la consagración. No sabemos nada de su evolución interior, de su progreso espiritual... no hay testimonios, no hay un diario espiritual, no hay confidentes, no hay testigos de su espíritu. No hay más que la constancia - de esto sí que hay testigos, innumerables y unánimes - de su modo de obrar a lo largo de toda su vida. No conocemos más que los frutos del árbol, pero llegamos a vislumbrar que son frutos de un árbol de profundísimas raíces.

Me atrevo a decir que, rodeado de tantos santos espectaculares y famosos, Javier, Loyola, Faibro, habiendo vivido entre tantos jesuitas importantes en la Universidad de Deusto, Francisco Gárate es el más actual y más necesario de los santos, el que nos ofrece lo que más necesitamos: la intimidad con Dios y la radicalidad en el servicio cotidiano. Ser grande en las cosas pequeñas es la especialidad de Francisco Gárate. Ser grande en las cosas pequeñas porque es grande su vida interior, su relación permanente con Dios. Lo demás sólo son consecuencias.